

EL JOVEN HOY ¿CONSUMIDOR O CONSUMIDO?*

TODAY'S YOUNG PEOPLE ¿CONSUMER OR CONSUMED?

Gloria Elena Betancur Jiménez

Psicóloga, Pontificia Universidad Javeriana. Especialización Clínica con Énfasis en psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Docente y psicóloga de Departamento de Desarrollo Estudiantil, Universidad EAFIT.

Correspondencia:
gebetancurj@une.net.co

RESUMEN

Este artículo tiene como propósito reconocer el contexto de los jóvenes de hoy y con ello los cambios que han rodeado sus vidas. En primer lugar, presenta un panorama general de las transformaciones que ha vivido la sociedad entre el siglo XIX y el naciente siglo XXI, con respecto al estatuto del niño, la concepción de la mujer, el papel del hombre, el lugar del adolescente, la función de la familia y de las instituciones educativas. Luego, muestra el modo como estos cambios vulneraron el lugar de la autoridad y la ley, y de ahí, originaron la desorientación de los adolescentes, caldo de cultivo para la sociedad de consumo y la ciencia, que ofrecen soluciones tentadoras a las preguntas y angustias inherentes a la vida.

Palabras clave: *Adolescencia, Autoridad, Ley, Sociedad de consumo.*

* Este artículo es una adaptación de la conferencia con el mismo nombre presentada en el Seminario Nacional de Jóvenes en Contexto, realizado por ASCUN en mayo de 2008 en la ciudad de Medellín, Colombia.

ABSTRACT

This article is focused in recognizing the context of today's youth and thus the changes that have surrounded their lives. First, it presents an overview of the changes that society has had between the nineteenth and the beginning of the twenty-first century, with regard to the child's status, the concept of the woman, the man's role, the position of adolescents, and the role of family and educational institutions. Also, it shows how the authority and law position have been violated by these changes, leading to disorientation in adolescents, the ones that have been the target for consumer society and science, which offer them attractive solutions to the inherent questions and anxieties of life.

Key words: Adolescence, Authority, Consumer society, Law.

*Todo en el mundo tiene un precio,
Sólo el hombre un valor.*
Kant

Hemos asistido a un cambio vertiginoso en muchos campos entre el siglo XIX y el naciente siglo XXI. Vamos a reconocer el contexto de los jóvenes de hoy y con ello los cambios que han rodeado sus vidas.

Hace 40 años sucedieron las revueltas estudiantiles en Francia con consecuencias importantes en el campo político, económico, laboral y social en los países de casi todo el mundo. Los estudiantes vieron la oportunidad de cambiar la "vieja sociedad" en lo referente a los métodos educativos y la libertad sexual.

Otras épocas, no menos importantes, fueron cruciales en el desarrollo de la humanidad. Mencionaré tres momentos históricos que modificarían de una manera importante la concepción del

hombre y su lugar en los siglos XVI, XIX y XX.

Iniciemos con Copérnico en el Siglo XVI, quien revoluciona la concepción del mundo con la idea de que la tierra no es el centro del mundo. Es ésta la primera de las tres heridas narcisistas que cambiaron a la humanidad.

En el siglo XIX, Darwin produce la segunda herida narcisista con su teoría de la evolución, en la que explica el principio de la vida y afirma que el hombre no es creado por dios, es descendiente del animal.

La novedad que va a implicar el trabajo de Sigmund Freud, a principios del siglo XX, marca la tercera herida narcisista para la humanidad, al señalar que lo que nos definía como *sapiens*, la conciencia, no es más que la punta del iceberg del psiquismo, en el que, además, no es soberana. La teoría freudiana posibilitó un viraje en las concepciones sobre el hombre al

considerarlo como *sujeto* de deseo, como sujeto del inconsciente, atravesado por la sexualidad y por el lenguaje e invirtió la fórmula histórica en la cual al niño se le consideraba como objeto.

Al descentrarnos del universo, con Copérnico, al mostrar nuestro origen animal, con Darwin, y con el descubrimiento de Freud de la importancia de la infancia en la estructuración psíquica, cambia el lugar del hombre y con ello, el estatuto del niño.

Lloys de Mause (1974) cuenta cómo el niño al nacer era un objeto recipiente de las proyecciones del adulto, con ello el maltrato, la venta y el infanticidio de hijos legítimos e ilegítimos eran prácticas corrientes en occidente durante la antigüedad. Más adelante, se prohíbe el infanticidio procurando preservar el alma de los padres del pecado, mas no por proteger la vida de los niños, y con ello se inicia el abandono.

Solamente a inicios del siglo XX se reconoce la importancia de la infancia y se registra el estatuto del niño como sujeto y con ello se da lugar a múltiples legislaciones y cambios en todo lo referente al niño y su entorno. En 1989, los derechos del niño son ratificados por la Asamblea General de la ONU. En un poco más de un siglo el lugar del niño pasa de ser objeto a sujeto hasta convertirse en el rey. Este cambio ha tenido impactos importantes en su vida psíquica y también en la vida familiar, escolar y social: el niño amado de los años 50, con derechos, deberes y límites; el niño de los 70 y 80, con derechos más que deberes, y el niño rey y tirano de finales del siglo XX y

principios del siglo XXI.

Así como el estatuto del niño cambia, la concepción de la mujer se modifica radicalmente a mediados del siglo XX: la invención de la píldora, el derecho al voto, la posibilidad de estudio y de trabajo por fuera de la casa y el divorcio, modifican sustancialmente su lugar. La mujer pasa de la esfera privada a la pública. En los años 70 la lucha por la igualdad modificó notablemente la posición de la mujer como madre y esposa con consecuencias también importantes en la vida familiar. La mujer exige trabajo por fuera de la casa, descanso e igualdad.

El lugar del hombre se ha modificado también con el tiempo: a mediados del siglo XX la madre cuidaba la familia y el padre se encargaba de la manutención. Los jóvenes de esta época lo llamaban “padre chequera”, no asistía a reuniones del colegio, se enteraba de pocas cosas del día a día de la familia, su función era netamente económica, pero cumplía en muchos casos con la función civilizadora como padre y como garante de la ley. A partir de los 70 y entrados los 80, los padres empiezan a tener un papel más activo en las labores domésticas y en la educación de los hijos.

El contexto del joven, nuestro protagonista de hoy, también se transforma: la adolescencia hacen su aparición histórica como una fase de subordinación, de marginación, de limitación de derechos y de recursos. Con la revolución del 68, la juventud pasa de esa fase aparentemente despolitizada, a despertar bruscamente con una explosión que le permitió desafiar la autoridad, la ley. El

movimiento hippie, un movimiento juvenil que tuvo lugar en los últimos años de la década de 1960, se caracterizó por la anarquía no violenta, la preocupación por el medio ambiente y el rechazo al materialismo occidental. La juventud pasó de ser un periodo de transición a un lugar reconocido y beligerante: “paz y amor”, “prohibido prohibir”, “gobierne quien gobierne seremos ingobernables”, eran los lemas de la época.

Otro síntoma de los cambios de la época fue la fuerte crisis que sufrió la institución “familia”: dejó de ser el núcleo de contención afectiva de siempre, debido a un cambio de valores en la sociedad. En la primera mitad del siglo, casarse era fundar un hogar, sentar las bases de una vida social nítidamente definida y claramente legible por la colectividad. Se contraía matrimonio para prestarse apoyo mutuo a lo largo de una vida que se anunciaba muy dura, y que lo era todavía más para los solitarios; para tener hijos, aumentar el patrimonio y legarlo a ellos, hacerles triunfar y triunfar así el padre. Los valores familiares eran centrales en esta sociedad; se juzgaba a los ciudadanos en función del éxito familiar. La autoridad de los padres sobre los hijos era innegable: los hijos no tenían derecho a tener una vida privada, el tiempo libre no les pertenecía, los padres tenían el poder en el porvenir de los hijos en cuanto a los estudios, la profesión, el oficio.

A mediados del siglo XX, los adelantos de la ciencia, la sociedad de consumo y los *mass-media*, por sólo citar tres factores, llevan a la modificación radical de los miembros de la familia. Después de los 60 hasta nuestra época,

los cambios han tomado mayor velocidad:

1. Ingresar de una manera más clara el afecto a la unión de las parejas. El hombre y la mujer se eligen por amor, el divorcio se hace cada día más frecuente, las nuevas familias con los tuyos, los míos y los nuestros se hace común, el lugar de la mujer fuera de casa, las madres cabeza de familia o los padres que asumen la patria potestad de sus hijos, hijos de madres solteras, hijos sin padre, matrimonios sin hijos, etc. se presentan cada día con mayor frecuencia.

2. Los padres salen a la calle a trabajar, en tanto que los hijos son dejados en manos de las empleadas del servicio doméstico, de los hogares comunitarios, de las guarderías o de las abuelas. Los espacios privados para los hijos van aumentando, empieza a ingresar a las habitaciones la tecnología: la televisión, el DVD, la grabadora, el teléfono celular, el computador, el i-pod, los video juegos y todos los aparatos para ver, oír y comunicarse. El tiempo para compartir en familia se va limitando.

3. La familia pierde progresivamente las funciones que hacían de ella una micro sociedad. La socialización de los niños ha abandonado totalmente la esfera doméstica. La familia deja de ser una institución para convertirse en un lugar de encuentro de vidas privadas. Se vuelve a la figura de la nana o niñera como las personas que sustituyen a los padres.

Siguiendo la historia, puede verse que la educación también dio un giro importante: a mediados del siglo XX, los aprendizajes básicos de los hijos se

realizaban en la familia. El lugar del maestro como referente en la formación era fundamental, al cumplir la función de modelo. Su ubicación como patrón de identificación permitía que el joven se planteara sus propios ideales. Con su posición frente a la vida, el docente consentía que el joven tomara su propio criterio, construyera la capacidad de pensar por él mismo, enfrentar los actos y asumir las responsabilidades.

Hoy, los hijos ingresan a las comunidades educativas desde muy temprana edad, incluso desde bebés. La educación se delega a las instituciones, la familia se despreocupa un poco de este aspecto formativo. Entonces a la escuela le toca enseñar a respetar las normas, las reglas para vivir en sociedad, así como a encontrar la relación adecuada con los demás.

La obligatoriedad de la educación produce también efectos en el rendimiento académico de los estudiantes, pues, no en pocos casos, lleva al sofocamiento del deseo de aprender de los jóvenes: “estudio porque toca”, “porque si no qué hago”, “porque quiero llegar a ser alguien”, “porque mis papás me obligan”; a la pasión y el deseo decidido por aprender, natural al ser humano, los agota la imposición.

El mal entendido generado por la legislación cuando se refiere al “libre desarrollo de la personalidad” debilitó sin duda el lugar de la ley eliminando algunos límites necesarios, que, como una esclusa para contener la corriente pulsional, permitían poner freno a los impulsos. En nombre de esta ley se permite la expresión sin límites de los impulsos. A partir de esta y otras

legislaciones que se decretaron con el objetivo de bajar la deserción escolar, cumplir el objetivo de cobertura, etc., las instituciones educativas disminuyeron el nivel de exigencia: ahora los estudiantes no pierden materias ni grados, las posibilidades de “recuperación” son infinitas y, por lo tanto, rebajó el rendimiento académico de los estudiantes.

Estas concesiones otorgadas a los alumnos y otros aspectos como el ingreso de la figura de las tutelas, las dificultades para conseguir empleo y la situación económica precaria del país, generaron modificaciones en el lugar del docente: los jóvenes devalúan el papel del docente, exigen y en algunas ocasiones mienten para lograr sus objetivos. Los maestros ceden por temor a la segregación, o para conservar el puesto. El profesor se pierde como referente del joven. “El cliente tiene la razón” es una frase del mercado que inunda la esfera escolar con consecuencias en el nivel de exigencia y el lugar del docente como formador.

Prohibido prohibir, lema célebre de mayo del 68, sumado a la evolución en las costumbres y la desaparición de las razones para imponer una determinada norma a los hijos y alumnos, vulneraron el lugar de la autoridad: en no pocos casos, los garantes de la ley en las instituciones educativas y en la familia cedieron su lugar, se han hecho menos autoritarios y más permisivos. La autoridad paternal se ha vaciado, se ha desposeído de la facultad de dirigir las tareas familiares indiscutibles. La moda de ser “amigos” más que padres o docentes, llevó al desvanecimiento de los límites entre unos y otros. ¿Entre

amigos y jóvenes quien manda o por qué se obedece?

Las sociedades igualmente dan giros y regiros. El capitalismo echa sus raíces cada vez más y con ello la sociedad de consumo se apodera de la verdad para dar respuesta a lo que nunca podrá responderse, dará solución a lo que no la tendría. La sociedad de consumo exige “no pensar”, “no tener juicio”. Toma al sujeto como uno más de sus objetos de consumo y lo pone a su servicio.

El niño, la mujer, el hombre, el joven, la familia, la educación se han modificado de una manera importante durante el último siglo y con ello la estructura social que con su transformación ha favorecido la expansión y multiplicación del hiper-capitalismo. La sociedad de consumo se convirtió en el amo y la ley, con mandatos que generan la ilusión de tenerlo todo al instante, sin renuncias ni aplazamiento, sin tener en cuenta que la civilización se establece con base en las renuncias. A partir del siglo XX y XXI estas renuncias han disminuido, el sujeto tiene derecho a todo, la autoridad decae también y con ello el estatuto de la ley y de los ideales. Ahondemos sobre el tema de la autoridad para comprender su importancia y los efectos de su decadencia.

No hay cultura sin renuncia

Freud adoptó la hipótesis de Darwin, según la cual la forma originaria de la sociedad humana habría sido la horda primitiva dominada por el macho más viejo que tenía el dominio absoluto (1912). El macho dominante monopolizaba a las mujeres del clan,

gozaba de todas ellas e impedía a sus hijos la satisfacción de sus tendencias sexuales, les imponía la abstinencia y por ende el establecimiento de lazos afectivos. El castigo por su trasgresión era la castración a todos los hombres que intentaban disputarle ese derecho. Los hermanos miembros de la horda, se rebelaron contra la tiranía del padre, se aliaron para matarlo y después comerlo, realizando así una identificación con él al incorporar su fuerza. Una vez muerto se generó la lucha por obtener su lugar, lugar envidiado y temido puesto que quien lo ocupase correría igual riesgo, ser asesinado por sus hermanos. Esta posibilidad condujo a los miembros del clan a constituir un pacto para evitar la muerte del sucesor. Se impuso como expiación la misma renuncia que el padre imponía por la fuerza, es decir, la renuncia a la posesión de las mujeres de la horda. La prohibición del incesto, en nuestra cultura consiste en abstenerse de gozar de la madre o el padre y ellos de sus hijos.

El pacto entre los hermanos por el cual cada uno debería renunciar a sus deseos de omnipotencia, la posesión de todas las mujeres y acaparar el poder, o sea, la imposibilidad de ocupar el lugar del padre, permitió la introducción de la ley, que es la que hereda esta omnipotencia. La ley se ubica entonces en el lugar del padre. La ley muestra que, ante ella, todos son iguales, que todos sin diferencia están atravesados por ella.

Las prohibiciones fundamentales sobre las cuales está estructurada la sociedad surgen entonces de un No absoluto, de una prohibición que atraviesa a todos los hombres, y al hacerlo estructura la

relación del sujeto con el mundo y lo ingresa en la cultura. Las leyes que se instituyeron a partir del asesinato del padre, leyes de prohibición del incesto y la reglamentación del poder, son el fundamento de todas las sociedades humanas. Estas leyes imponen la renuncia a los deseos más poderosos de cada ser humano.

La función de la cultura humana es preservar el derecho a la vida, el cuidado de los bienes, de la familia y del trabajo a través de la prohibición que debe ser siempre consistente, trascendental y transindividual, viene desde arriba y atraviesa a todo el mundo, al maestro, al estudiante, a los hijos, a los padres y a los gobernantes.

El adulto es el garante de la ley. Al respecto, la psicoanalista Graciela Ruiz (Seldes R., Ruiz G. y otros., 2005) dice que “uno de los hechos más evidentes de nuestra época es la laxitud hasta la desaparición de las prohibiciones. Como consecuencia, los inhibidos de hoy, la ausencia de la culpa y la vergüenza, la aparición de la violencia y de la crueldad dispersa y desreglada” (p. 15). El debilitamiento de la autoridad en aspectos esenciales y la obligatoriedad en aspectos innecesarios producen sujetos desbrujulados, desorientados.

No hay cultura sin renuncia. Pero cada día la exigencia de renuncia se hace más deficiente y la voracidad de tenerlo todo es más fácil y probable. La ausencia de ley o la laxitud de la misma producen alienación. Los garantes de la ley han cedido su lugar. Es así como el sujeto vulnerado es caldo de cultivo para la sociedad de consumo, pues ella ofrece la solución: las preguntas y angustias inherentes a la vida las resuelve con objetos y con ofertas

tentadoras.

La caída de los ideales es también una consecuencia de la laxitud y está hondamente ligada al déficit de patrones identificatorios. La masificación en las identificaciones produce alienación a grupos, creencias y hábitos. La sociedad de consumo y su gran variedad de objetos suplen las identificaciones, en muchas ocasiones, congregando a los sujetos por la marca, el slogan o la promesa de felicidad o de completud. Los ideales se han puesto en los objetos, ya que la conexión con la civilización es a través de éstos.

Ver todo, oír todo, saber todo, tener respuesta a todo, solucionar todo, no sufrir, no esperar, no tener límite, no aceptar los obstáculos ni las frustraciones, conservarse siempre joven, tener lo que se quiere sin mayores esfuerzos, son características de la época actual. La sociedad de consumo nos entrega la respuesta y la solución a todo. “Todo lo que uno quiere lo puede lograr” es el lema con el que nos encontramos diariamente; incluso puede prescindirse del otro para lograrlo, como el caso de la fecundación *in vitro* y todas sus derivaciones que permiten la procreación sin otro, al menos presente. El Internet da la posibilidad de compañía para conversar, para hacer amigos, para tener sexo... y quién sabe cuantas cosas más.

Uno de los imperativos actuales es el ideal de perfección, pero la perfección de hoy se entiende como éxito referido al ideal de belleza, al desempeño profesional y a la obsesión de tener, nada que decir con lo que se refiere a los valores y metas personales. Las exigencias de perfección y lucha por

lograr las metas profesionales, y con ellas la posibilidad de obtener objetos, llevan al sujeto al individualismo y a la competencia feroz: todo para mí, primero yo, todo sin renuncias. En palabras de Lipovsky:

En la cultura posmoderna se acentúa el individualismo hasta el nivel del egoísmo, en un proceso de personalización que abarca todos los aspectos de la vida social y que significa, por un lado la fractura de la socialización disciplinaria, y por el otro la elaboración de una sociedad flexible basada en la información y en la estimulación de necesidades. Al individualismo lo acompaña la ausencia de trascendencia, ya no sólo en un sentido religioso, producto de la desacralización de la modernidad, sino que también desaparece la trascendencia laica de una vida consagrada a un ideal, cualquiera que sea (citado en Obiols, G. y otros., 2006, p. 58).

La sociedad de consumo provee objetos nuevos y llamativos con la ilusión de obtener con ellos la satisfacción, la perfección, la felicidad. Lo que sucede es que con su sutileza, ella ha convertido también los sujetos en objetos de consumo, y por ende desresponsabilizados, sin necesidad de preguntarse y elegir, así ésta termina eligiendo por ellos. El Estado, la sociedad, la familia, la escuela alimentan la aspiración de que la felicidad la da obtener dinero, poder, status, puesto que estos ofrecen ilusoriamente dar a todos por igual lo que deseen. La capacidad de juicio y decisión se delegó a esta invención contemporánea.

Ante las dificultades, las preguntas, las angustias, la sociedad de consumo tiene la respuesta con objetos o medicamentos. Se ha estimulado la creencia de que la angustia es señal de debilidad, y por ello no puede sentirse.

La pregunta actual es por el “qué”, no por el “por qué”, es necesario ponerle nombre a cualquier sensación para no tener que preguntarse el “por qué” sino dejarlo pasar. La respuesta al “qué” la resuelven los químicos, las cirugías, los abusos. Con frecuencia las dificultades y angustias se reducen a procesos químicos que se resuelven con productos químicos. El uso exagerado de la Fluoxetina es preocupante, se receta y consume como cualquier analgésico; pensándolo bien, sí es un analgésico, que disminuye el “dolor del alma”.

Es importante anotar que el ser humano tiene dificultades, angustias, comete errores, siempre hay y habrá algo que lo hace sufrir. Los defectos en la personalidad, las dificultades e insatisfacciones con el cuerpo y los inconvenientes en los vínculos —que a todos nos pasan— son faltas. Las dificultades son frecuentes y dan cuenta de que en la vida siempre se está en la búsqueda de lo que no se es o no se tiene, y cuando se consigue se quiere otra cosa. Siempre la vida talla por algún aspecto. La ciencia existe en la medida que el sujeto está en falta, y la función del discurso de la ciencia se vale de esa falta para producir objetos y proveerlos al sujeto con la ilusión de completarlo. En esa vía lo que hace es obturarla y, paradójicamente, al hacerlo borra al sujeto. Cuando el ser humano tiene dificultades, la sociedad de consumo y la ciencia tienen la

respuesta. Los nombres de moda: “fracaso escolar”, “anorexia”, “depresión”, “pereza”, “hiperactividad”, son las formas de las que el sujeto contemporáneo se ha valido para defenderse de la demanda alienante de la sociedad y de la cual se ha valido ésta para explotarlo.

Estamos en una época donde hemos creado alrededor de la angustia un halo de temor. Pensamos que quien se angustia posiblemente se suicida, que quien se angustia enrostra en el otro su ineptitud: un hijo o un alumno angustiado, se cree, pueden ser el espejo de la ineptitud del adulto. La falta de angustia genera nuevas formas de satisfacción: “los deportes extremos”, “el consumismo”, el “bajo rendimiento académico”. Cuando no hay angustia aparece la repetición, no es posible saber, ni poner en palabras lo que pasa, no hay simbolización, podrá decirse que el sujeto queda hipnotizado convirtiéndose en un autómatas, en un objeto. Es importante resaltar que la angustia permite, a través del sufrimiento, la creación y la potencia para salir adelante. La angustia trae consigo elementos de significación que pueden llevar a la búsqueda de su origen. La pregunta inherente a la angustia hace referencia al ser y a la existencia y con ello a la búsqueda de respuestas y probablemente al despliegue de recursos subjetivos.

El lugar de los adultos

La función de los adultos es la de resignificar la ley, ocupar el lugar de semblantes, ordenar. Los cambios contemporáneos en la familia, el lugar del padre, la madre, el niño, el joven y

la educación han generado desautorización de las diferentes instancias para ejercer su función. Los adultos, por múltiples razones, se desresponsabilizan, abandonan y huyen al llamado de los jóvenes, se excluyen de la prohibición, están borrados. Se desresponsabilizan de actuar como garantes de la prohibición y de la ley, temen asumir su lugar como transmisores de la ley. No se autorizan por temor a equivocarse, a ser evaluados o desautorizados; a ser burlados y tachados por los demás que creen que resignificar la ley ya no está vigente. El adulto aquí se encuentra en un conflicto. Se queja y abandona a los jóvenes o la solución que encuentra es igualarse, ser amigo.

Si el adulto garante de la ley se pone en el lugar del amigo se destituye de su lugar. Padres y profesores en tanto agentes de la ley no pueden ser iguales, su función es la de ser transmisores de la ley con el hijo o el alumno. Lógicamente para ocupar ese lugar es necesario el respeto, el diálogo y por qué no, la cordialidad, pero no igualarse con ellos. En otros casos, ante la dificultad de asumir la ley, el adulto opta por el abandono. Y otra posibilidad es someterlo a los ideales del adulto. En este caso el adulto no es el transmisor de la ley, al parecer está buscando ser la ley. Ejemplo de ello lo vemos con alguna frecuencia en los tiranos, ellos son la ley.

Los padres en su lugar, los docentes en el suyo, han descargado la responsabilidad en los avances de la ciencia. Ante una trasgresión, el adulto no sabe qué hacer, busca a otros y pregunta: ¿qué se hace en una situación como ésta? ¿cómo debe actuarse? O

recurre a una instancia mayor para que resuelva el problema. Ambos en su lugar, se desautorizan de ser garantes, la ciencia dice en todo momento: cómo debe hacerse, no deja espacio para la creatividad y la lógica personal.

El quehacer del adulto se marca por la ley. Resignificarla permite a los jóvenes permanecer en la cultura. Un adulto ético es quien vela porque el joven pueda convivir con los otros, por el reconocimiento de la diferencia y el respeto por la vida y la integridad personal y del otro. Se trata de preservar la vida y la convivencia y buscar la mejor manera de vivir sin dañarse ni dañar a los otros.

A modo de conclusión

La humanidad no ha cambiado, ha cambiado la sociedad puesto que ya no pone límites, ha venido perdiendo su función civilizadora.

La educación tiene cuatro dimensiones una de ellas es la formación, pero ante la avalancha de leyes, decires, invenciones, la educación se ha destituido.

Los padres con el afán de ocultar el paso del tiempo se convirtieron también en jóvenes, en trabajadores, en consumidores, poco en padres garantes de la ley.

Hoy que pensamos en los jóvenes y sus dificultades, me pregunto qué tiene la juventud que da tanto de qué hablar, tantos cuestionamientos, pero, al mismo tiempo, es tan anhelada y la amarramos para no dejarla ir, en el caso de los adultos, o tratamos de

llegar a ella rápido, en el caso de los niños... ¿entonces los jóvenes qué, permanecen en el limbo? ¿Como almas bellas?, no se preguntan por su responsabilidad, están dispuestos a recibir y a pedir, ¿no a dar y menos a responsabilizarse?

¿Los adultos tienen la culpa por haberles dado todo sin pedir nada a cambio, por tapizarles la vida, por evitarles el conflicto y el dolor?, ¿por darles todo, lo que no tuvieron o por la culpa que genera el hecho de estar por fuera de la casa, sin ocuparse del día a día, como en otras épocas, o quizá por la destitución de su lugar de adultos garantes de la ley y responsables de la empresa que decidieron construir? Los jóvenes repiten reiteradamente: “a nosotros todo nos lo dan en las manos, sin esfuerzo, los papás han llegado donde están por el esfuerzo y la dedicación que han hecho para lograr sus metas, nosotros no tenemos en muchos casos metas, porque las tomamos de los padres o de la sociedad de consumo”.

Los sujetos hemos permitido que la sociedad de consumo nos absorba, nos convierta en objetos de consumo. Nos alienamos a su mandato sin repulsa, o con poco criterio. Tanto los jóvenes como los adultos y los niños nos desresponsabilizamos de los actos, carecemos de juicio frente a la avalancha de la demanda consumista, nos destituimos de nuestro lugar para darle paso al nuevo Dios: tener. Nos destituimos como sujetos responsables y garantes de la ley. Asistimos a una época en la que la alienación y el miedo a la segregación uniforman; y la normatividad lleva a que, hasta en la educación en aspectos relacionados con

la formación, todos seamos iguales y todo se resuelva de la misma manera.

Hay factores que llevan a que ahora los jóvenes se sientan solos; la destitución de los adultos como garantes de la ley lleva a los jóvenes a tomar posiciones diversas entre ellas a exigir sin dar, a no esforzarse, a no tener metas relacionadas con el ser sino con el tener. Es, en muchas ocasiones, el semblante que adoptan ante el desconcierto de los adultos. De este panorama son también responsables los jóvenes, digámoslo de una manera más amplia, el sujeto. El sujeto es responsable siempre de lo que le pasa, los jóvenes son sujetos y por lo tanto tienen un grado amplio de responsabilidad.

De una cosa sí son responsables los adultos y es de la desresponsabilización de su lugar sin exigencias claras y formativas. De la laxitud contagiosa en la que han decidido matricularse, no exigir porque, por todas las razones expuestas, creen que no tienen la autorización para hacerlo.

Todo cambio tiene acomodamiento, en menos de 50 años hemos cambiado lo suficiente para apenas asombrarnos y tratar de asimilarlo. Los jóvenes de hoy no están sorprendidos, ellos han nacido con el cambio, son protagonistas del mismo. Son responsables de sus decisiones y de la cómoda, pero costosa, alienación a la sociedad de consumo.

La publicidad potencia su campaña de “soy visto luego existo”, esa es su función. La respuesta del sujeto, una vez consumido, es reaccionar, rebelarse, con síntomas tales como los

que vemos hoy: depresión, ansiedad, pánico, bajo rendimiento académico, soledad, etc. El sujeto se vale del síntoma para mostrar su existencia, para rebelarse contra la alienación y la obligación de convertirse en objeto. El lugar del sujeto ahí es lograr ver y decidir, no dejarse ubicar en el lugar de objeto con los grandes costos que la vida le cobra a nivel subjetivo.

Para terminar quiero reseñar la respuesta que da un psicoanalista a la pregunta de un periodista: ¿Cómo criar a los chicos en esta época?:

Hay que criar a los chicos de una manera tal que logren apreciarse a sí mismos, que tengan un lugar, y que no sea un lugar de desperdicio. En la economía global actual, el único trabajo que puede inscribirse es uno de alta calificación, al cual no siempre van a tener acceso. No podemos pensar que vamos a salir adelante sólo con la idea de que si uno trabaja bien y tiene un diploma va a encontrar un trabajo. Hay niños que no van a entrar y, a pesar de esto, tienen que tener un lugar en nuestra civilización. No hay que abandonarlos. Y éste es el desafío más importante que tenemos, el deber que tenemos nosotros frente a ellos. Concebir un discurso que pueda alojarlos dentro de la economía global (Martí F., J. M., 2008).

Este es pues un asunto que le concierne al sujeto del cual él mismo es responsable, sea cual sea su edad. Es un llamado a la cautela, a no pensar, los jóvenes como víctimas, sino como sujetos responsables, a confrontarlos con su responsabilidad para que, al igual

que los demás sujetos: padres,
profesores, asuman una posición

ética frente a la vida, responsable y
respetuosa.

REFERENCIAS

- De Mause, L. (1974). *Historia de la Infancia*. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1912/1973). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1915/1989). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Martí F., J. M. (2008, Abril 19). Entrevista: Mayo 68 - Memoria de un protagonista Edgar Morin. "Mayo del 68 sigue siendo un 'electroshock". Periódico el País.
- Obiols, G. y otros. (2006). *Adolescencia posmodernidad y escuela*. Buenos Aires: Noveduc.
- Seldes, R., Ruiz, G. y otros. (2005). Nuevos síntomas. Nuevas angustias. XIII Jornadas anuales de la EOL. Buenos Aires: EOL-Grama. Colección Orientación Lacaniana

Artículo recibido: Junio de 2008
Artículo aceptado: Abril de 2009